

El humanista digital. Propuestas para el siglo XXI

Domenico Fiormonte

Antes de abordar los ejemplos creo que es necesario reflexionar brevemente sobre el problema de la edición científica digital, que se ha quedado fuera del debate de estos días. Mi punto de vista es el del filólogo, el del lingüista y (desde muy pocas semanas) el del sociólogo de la comunicación, y os presentaré brevemente el recorrido del grupo de investigación que dirijo sobre el texto literario digital (proyecto nacional ["COoperare"](#)). La pregunta en este momento es: ¿dónde estamos y adónde vamos con la edición digital? Creo que nuestra experiencia de casi quince años ([Digital Variants](#) se fundó en la Universidad de Edimburgo en 1996) puede ser útil, no porque sea la nuestra, sino porque la experiencia de los filólogos puede ser un factor de innovación en el campo de la informática. Es decir, la pregunta ya no es qué puede hacer la informática por las humanidades, sino qué podrían hacer los humanistas para la innovación de la tecnología. Raul Mordenti –un filólogo italiano– escribió hace años una frase muy bella: "l'informatica che ci interessa è più un'episteme che una tecnologia". Porque de esto estamos hablando: antes de la hermenéutica, de la interpretación, se halla el marco epistemológico. ¿Y cuál es el marco epistemológico en el que nos encontramos hoy? ¿Qué tipo de conocimiento estamos manejando? Y en este nuevo marco epistemológico ¿cuál sería el papel del filólogo? Yo estoy convencido de que nuestra primera misión es conservar el rigor científico hacia el texto, y el respeto por **los documentos y artefactos históricos**. Si la filología mantiene este rigor y este respeto, podremos alcanzar la innovación también a nivel informático –y epistemológico–. No creo que se pueda hacer de otra manera. Para mantener un papel en el mundo de los contenidos culturales, sin embargo, necesitamos ensuciarnos las manos con la "técnica" (cfr. [Lev Manovich](#)). Una reflexión teórica rigurosa puede (y debe) producir resultados prácticos positivos e innovadores.

A estas alturas es necesario aclarar algunos conceptos clave. El primer concepto se refiere a la idea y, sobre todo, a las prácticas de memorización, que desde el punto de vista técnico llamamos "codificación", es decir, el paso de lo analógico a lo digital. Esta codificación, es importante subrayarlo, empieza con los signos del alfabeto y continúa con las estructuras del texto hasta llegar a las imágenes, los sonidos, etc. Por lo tanto, ¿qué es la codificación de un texto? Traducido en términos filológicos, la codificación es una transcripción en otro código de cierta información. Y como cualquier transcripción –la escritura misma lo es– es en principio metalingüística (David Olson: "Writing is in principle metalinguistic").

Cualquier cambio de soporte –cualquier codificación y descodificación– implica un cambio, un movimiento en el tiempo, y en consecuencia una pérdida potencial de información. Por tanto, la primera tarea del filólogo digital es reflexionar sobre ambos soportes, de salida y de llegada, analógico y digital, y nuestro deber principal es elaborar metodologías para representar –es decir, conservar y preservar– la información de nuestros objetos culturales. Estas reflexiones inevitablemente nos llevan a elaborar también nuevas ideas sobre el texto: en otras palabras, pensar en la conservación / almacenamiento es pensar también en la producción de los contenidos.

Tecnologías y metodologías de conservación y producción no son entidades separadas, ya que siempre estamos hablando de representaciones. Pero, ¿por qué nos preocupamos tanto por la representación? Es decir, ¿por qué los humanistas deberían estar interesados en lo que está detrás de la pantalla (detrás de los PDF o de Google libros)? La primera respuesta es teórica: cualquier representación / codificación refleja un modelo de conocimiento, y al mismo tiempo produce un acto de interpretación. Es exactamente interpretación el trabajo que cada día hacen bibliotecarios, archivistas, editores, filólogos, etc. que trabajan en lo digital al poner “etiquetas” de lenguaje de marcado (XML, por ejemplo) a sus recursos y documentos. El problema surge cuando quien etiqueta, es decir, quien elige cómo “interpretar” un objeto determinado, no sabe nada sobre ese objeto. Por tanto la segunda respuesta es práctica: una correcta y eficaz representación garantiza el acceso y la transmisión de nuestros recursos –de cualquier tipo– a través del tiempo. Si los humanistas, como expertos en contenidos y guardianes de las memorias, queremos mantener el acceso al conocimiento, tenemos que elaborar metodologías y herramientas adecuadas. El primer paso es asumir la reflexión sobre los códigos; si no lo hacemos será inevitable que ingenieros (e ingenieros comerciales) tomen las decisiones estratégicas por nosotros. Quizás ya sea demasiado tarde para transformarnos en humanistas digitales (o, como dice el clacisista [Gregory Crane](#) “informáticos culturales”). Pero, ¿estamos dispuestos a perder totalmente el control de nuestra memoria cultural?

Octubre, 2010